

Una visita a William H. Prescott en 1853

Boston es llamada la *Atenas de América* en el vocabulario enfático de los americanos. La Universidad de Cambridge que le está anexa le ha dado su cultura y su glorias literarias. Prescott, Everett, Ticknor viven aquí entre otras notabilidades, pero yo deseaba ardientemente conocer al primero, el clásico y amable genio que ha pintado con arte tan maestro la epopeya de nuestra conquista. Curtis me obtuvo una introducción para este hombre distinguido, y una tarde a la oración me presenté en su casa, en la calle de *Beacon*. Un sirviente me introdujo en una espaciosa biblioteca y en pocos minutos vi penetrar por una puerta privada un caballero de esbelta figura que se adelantó hacia mi con mucha gracia, saludándome en francés. Guillermo Prescott es un hombre de cerca de 60 años, pero en su fisonomía y porte revela un tercio menos, parece todavía un hombre joven, y aun gallardo. Es alto y esbelto y su fisonomía muy animada por sus dos grandes ojos verdes, cuya debilidad enfermiza en nada disminuye su brillo. Su frente hermosa y una patilla ya algo cana que rodea todo su rostro, dan a su gracia de hombre de mundo ese tinte venerable del pensamiento y del saber. Nuestra conversación se entabló sucesivamente en francés, inglés y español, pero él prefería oírme mi propia lengua, la que él conocía, sin duda mejor que yo, pero por falta de práctica no la habla. Me dijo que desde muy joven había tenido una gran predilección por la literatura española y por los hechos de los castellanos en América; de aquí habían nacido sus obras sobre el Perú y México. De la conquista de Chile él no se había ocupado porque era más escasa en materiales para la historia, y tenía "su admirable ficción de la Araucanía", y esto debía bastarnos. Comparando tiempos, añadió: "Uds. tienen un demasiado hermoso pasado para no ser disculpado en su olvido del presente; nosotros, al contrario, que tampoco tenemos en la tradición de

nuestras colonias, estamos en el deber de crear algo para el porvenir: por esto trabajamos."

Me preguntó por Mr. Weelwright, este benéfico empresario a quien tanto debe el Pacífico, y luego pasó a Cortés cuyo carácter admiraba en oposición al astuto y feroz Pizarro.

Como él se ocupa en el día de escribir la historia de Felipe II, no dejó de hacerme entrever algo de sus nuevos ensayos, y hablando de la muerte del príncipe Carlos, me dijo tenía evidencia que había sido el pesar más que el veneno lo que lo había hecho desaparecer del lado del sombrío Felipe.

La biblioteca de Mr. Prescott es un Potosí histórico y todos sus documentos sobre el Perú, México y el reinado de Isabel, que le han costado algunos miles, están empastados y puestos en buen orden. Me mostró también algunas reliquias de los héroes que su pluma ha popularizado, un pedazo de encaje de la bolilla con que Cortés fué enterrado, y que le obsequió don Lucas Alaman, de México. A la entrada está una copia del singular retrato original de Pizarro que existe en la sacristía de la Catedral de Valladolid, y otro de Colón copiado por Madrazo. En una cartera tenía cartas auténticas de Isabel la Católica y de Fernando, una nota de Carlo V al Emperador Maximiliano cuando era sólo un niño de 15 años, y algunos borrones de Gonzalo de Córdoba. Entre otros papeles se deslizó una carta de letra moderna en cuyo sobre había una corona dorada. *C'est une assez belle écriture pour une reine!* me dijo Mr. Prescott presentándome el pliego escrito por sus cuatro lados; era una carta autógrafa de felicitación que la Reina Victoria le había escrito en su último viaje a Inglaterra en 1851.

Otro día que volví a ver Mr. Prescott, porque este amable autor no sólo me invitó a volver sino que me recordó mi promesa

por una esquila que me envió al día siguiente con su propio secretario, me convidó a subir a su gabinete de trabajo que corona la casa y está completamente rodeado de vidrieras para tener una luz bastante fuerte con que auxiliar sus ojos privados casi de vista. Puede trabajar una hora al día solamente y todo el resto de su tarea lo hace con el oído, escuchando la lectura de los documentos a un lector, que sin embargo de decorar perfectamente el español, no lo entiende. Es inmensa la cantidad de paciencia, de rectificaciones e investigaciones que hay en la obra de este literato, como puede colejirse de las notas que estas tienen. Mr. Prescott que a los 20 años era un abogado (bien es que en dos años puede hacerse un abogado en Estados Unidos) empleó 10 años en lecturas clásicas que debían engendrar su lindo, claro y brillante estilo y 10 año más en escribir su obra maestra, la *Historia del reinado de Isabel y de Fernando*. No ha empleado menos de 8 en sus dos otras obras sobre la América Española: El no dicta, sin embargo, su texto de impresión. Me mostró la pizarra particular que escribe y no contento con obsesquiarne como un recuerdo un tomo de sus *Ensayos*, tomó su lápiz y su pauta y escribió sin mirar el papel, estas palabras que copio del original: *I hope the day will come*

when my History of Perú shall be translated to the beautiful castillian, on the other side of the Ande as it has been in México. W. H. Prescott''.

Mr. Prescott es padre de tres hijos ya formados y tiene una considerable fortuna. Como historiador, es sin duda la más alta reputación que la América jamás haya producido. Observé su busto al lado del de Washington Irving y me manifestó su entusiasmo por aquel gran escritor. Vi también dos espadas cruzadas sobre una puerta, era una la de su abuelo, el general Prescott, que mandaba en jefe las tropas americanas en su primera batalla en *Brunkers-hill* y la otra la del abuelo de su mujer que se encontró en el mismo combate en las filas inglesas. Me despedí de Mr. Prescott habiendo añadido a mi admiración por su talento un agradable recuerdo de su bondad que parecía ser particular conmigo por ser Sudamericano gente que no podía ser difícil para agradarle" como él me decía, por más que haya pintado a nuestros padres Almagro, Pizarro, Valdivia, Carbajal, etc., como personas no muy amables.

"Páginas de mi Diario durante Tras Años de Viajes. 1853-1854-1855". Santiago. Imprenta del Ferrocarril, 1856. Págs. 61-62.